

## ROQUE BARCIA Y LA LEXICOGRAFÍA NO ACADÉMICA EN EL SIGLO XIX. APUNTES SOBRE SU VIDA Y OBRA

JUAN MANUEL GARCÍA PLATERO

La vida y obra de Roque Barcia constituyen un ejemplo que ayuda a comprender las líneas generales de la lexicografía no académica del siglo XIX. Es un siglo problemático, en el que no es difícil encontrar eminentes políticos, de diverso signo ideológico, que compatibilizan su labor social con menesteres menos profanos; y no me estoy refiriendo únicamente a la creación de obras literarias, ya que también se dedican a elaborar diccionarios que, en mayor o menor medida, expresan su ideología.

He elegido un representante de estos hombres que vivieron en una época turbulenta, se acercaron a la filología, y más en concreto a la elaboración de repertorios lexicográficos, con un apasionamiento romántico similar al que presidió muchas de sus actividades sociales y políticas, aunando en sus obras subjetividad y afán enciclopédico.

Roque Barcia nació en Sevilla en 1823, cursó sus estudios en Madrid y viajó muy pronto al extranjero, donde entró en contacto con las ideas liberales, que defendió después, desde diferentes posiciones más o menos radicales y usando todos los medios a su alcance. Tras su regreso a España, colaboró en el diario *La Democracia*, fundado por Emilio Castelar, para después ocuparse de la dirección del diario anticlerical *El Demócrata andaluz*. Parece que la excomunión del obispo de esta ciudad fue motivo suficiente para que escribiera un violento libro: *Teoría del infierno*. Anteriormente, había tenido problemas con el clero a propósito de algún que otro escrito en la misma línea antirreligiosa. Pero fue tras la Revolución de septiembre de 1855 cuando aumentó su actividad política: fue elegido diputado, fundó el periódico *La Federación Española* e incluso fue acusado del asesinato del general Prim. Su participación en la sublevación de Cartagena y su emigración a Francia marcaron sus últimos años. Murió, retirado de la actividades políticas, pero no de las literarias y filológicas, en 1868.

Su propio carácter polémico y a veces contradictorio está presente en su obra. Las incursiones en la literatura no son muy afortunadas y reciben la influencia, sobre todo en las composiciones dramáticas, de los grandes escritores franceses e italianos. Por otra parte, son muy abundantes sus

libros, artículos, folletos y discursos, que se ocupan de cuestiones político-sociales y evidencian con claridad el apasionado carácter del autor sevillano<sup>1</sup>.

En el terreno filológico habría que citar un estudio dedicado a los profesores de educación primaria titulado *Formación de la lengua española derivada de la formación natural racional e historia del idioma moderno*<sup>2</sup>.

Su labor lexicográfica, que es la que nos interesa, se centra en tres obras: *Novísimo diccionario de la lengua castellana arreglado según la última edición y aumentado con unas veinte mil voces usuales de ciencias, artes y oficios*<sup>3</sup>, *Primer diccionario general etimológico de la lengua española*<sup>4</sup> y *Filosofía de la lengua española. Sinónimos castellanos*<sup>5</sup>.

El primero de estos diccionarios fue elaborado por «una sociedad de literatos» dirigida por el lexicógrafo sevillano. Están presentes en esta obra muchas de sus preocupaciones filológicas. Los autores recalcan la necesidad de que los repertorios léxicos contengan toda la riqueza del vocabulario incluido en las demás obras lexicográficas y aseguran que su repertorio «es una especie de colmena literaria en que, como tantas abejas laboriosas, han depositado el fruto de sus tareas, diferentes ingenios de índole diversa, si bien de mérito igual». Por otra parte, afirman que superan en mucho el número de voces de los más copiosos diccionarios publicados, ya que añaden al repertorio léxico aceptado por la Real Academia Española aquellos vocablos sancionados por el uso («moda, capricho o aclimatación extranjera»). No olvidan los autores la importancia de los tecnicismos, por otra parte muy presentes en la mayoría de los repertorios decimonónicos. La concepción eminentemente descriptiva queda bien justificada, dada su utilidad para el usuario, pues «no admite duda que nadie hojea un diccionario de la lengua castellana para buscar en él las palabras libro, tintero, vino, etc.». En los aproximadamente 50000 artículos del diccionario se presta especial interés a un vocabulario propio de una sociedad en continuo avance, pero las informaciones facilitadas en la microestructura se reducen a la categoría gramatical, nivel de uso y localización del vocablo, acompañadas de unas acepciones demasiado básicas y breves, defectos, por otra parte, compartidos, incluso en la actualidad, por obras de estas características.

Quizá sea el *Diccionario etimológico* la obra más estimable de Barcia. En los cinco volúmenes a tres columnas de unas mil páginas cada uno que componen la obra el autor incluye, como veremos, una serie de informaciones que sobrepasa el límite que parece indicar el título.

<sup>1</sup> Destacan títulos tan variados como *La verdad y la burla social* (Madrid, 1855), *Abolición de la pena de muerte* (Madrid, 1878) y *Carta sobre el asesinato de D. J. Prim* (Madrid, 1886).

<sup>2</sup> Madrid, 1873.

<sup>3</sup> Sólo he podido manejar la cuarta edición publicada en Madrid en 1861, que es, por otra parte, la única que cita Fabbri (*A Bibliography of Hispanic Dictionaries. Catalan, Galician, Spanish in Latin America and the Philippines. Appendix: A Bibliography of Basque Dictionaries*, Imola, 1979), en el nº 460.

<sup>4</sup> Madrid, Imprenta de Álvarez, hermanos, 1880-1883.

<sup>5</sup> Madrid, Viuda e hijos de Cuesta, 1864.

Aunque en el prólogo afirma que la lengua más sabia es aquella que más se parece al idioma de donde se deriva, Barcia admite la existencia de voces neológicas, ya que «todo se mueve en la vida», incluido las palabras. Estas nuevas voces tienen la función de renovar el espíritu humano, ya que son, en definitiva, natural y necesario desarrollo y crecimiento. Pero el carácter contradictorio de Roque Barcia se manifiesta en la introducción a la edición de 1890 de sus *Sinónimos castellanos*, en la que compara la lengua castellana con una especia de botica o laboratorio donde «todo hijo de vecino viene con su menjunje». El neologismo no es en este caso una renovación del espíritu, sino una droga.

Dentro del importante caudal de voces neológicas incluido en el *Diccionario etimológico* tienen especial importancia los términos correspondientes al ámbito científicotécnico, por más que también estén presentes arcaísmos relativos a la medicina, astronomía, alquimia o farmacia.

Barcia deriva los vocablos a partir de su raíz de origen y registra la palabra en relación con su genealogía. Tras la explicación del método de trabajo, basado en una división de las lenguas en seis familias diferentes para después establecer la etimología, formando seis monografías en la comprobación y examen ulterior, así como la ordenación de las seis monografías embrionarias, el lexicógrafo afirma que su obra encuentra parangón con las mejores del romance y pretende ser digna de una lengua castellana gloriosa. Así, en su alocución a la Real Academia Española Barcia manifiesta una profunda admiración por el lenguaje, y rinde culto a la palabra desde una visión espiritual, en la línea de su apasionado espíritu romántico, que trasciende los límites estrictamente filológicos («La palabra es el atributo más alto del Omnipotente, el himno de los himnos, el himno eterno, el himno de Dios, según los profetas»). Se trata de una visión esencialmente trascendental de lenguaje basada en las ideas de Leibniz, Herder, Humboldt y la escuela simbólica alemana.

Pese a su título, esta obra contiene más informaciones que las estrictamente etimológicas: categoría gramatical, equivalencia del vocablo en otras lenguas románicas (en consonancia con la adopción del modelo comparativo lingüístico, que apunta el declive del siglo XVIII y se cristaliza en el XIX), empleo contextualizado de palabras, niveles de uso, explicaciones sinonímicas semejantes a las incluidas en sus *Sinónimos castellanos* y datos enciclopédicos complementarios.

La preocupación por proporcionar una amplia información sobre las materias más diversas es evidente, por más que se combine el rigor científico con el mero subjetivismo. Por ejemplo, en el artículo «Londres», y antes de analizar la base etimológica del vocablo, el autor incluye cuarenta y tres parcelas diferentes de acopio enciclopédico: situación, topografía, población, monumentos religiosos y civiles, edificios públicos, teatros y museos, plantas, calles y parques, puentes y túneles, administración, etc... El artículo «España» registra veintiséis apartados distintos, entre los que incluye el titulado «carácter general de los españoles», donde se analizan, con una gran dosis de lírica subjetividad y exaltado nacionalismo, las raíces

antropológicas de nuestro país. El acopio de datos se manifiesta con singularidad en el artículo «prostitución», que ocupa cuarenta y una páginas e incluye informaciones históricas que enmarcan el tema. Se seccionan los datos por países, regiones y civilizaciones a partir de un concienzudo análisis de documentaciones civiles y literarias. Barcia vuelve a unir el rigor científico con el más puro subjetivismo e incluye una sentida condena moral a una sociedad que maltrata y discrimina al sexo femenino, provocando los devastadores efectos de una lacra. Así, tras enumerar los abusos y maltratos seculares que han recibido las mujeres, afirma: «¿Queremos encima que sea pura, cándida, ruborosa, buena y feliz? ¡Martirio sin igual! ¡Sacrificio increíble!»

La obra de Barcia no es, ni mucho menos, original, ya que su afán enciclopédico queda justificado por una tendencia generalizada en el siglo XIX que defiende el carácter abarcador de los repertorios lexicográficos, propia de la tradición francesa. Manuel Seco<sup>6</sup> señaló en su día que muchas de las aportaciones en la elaboración de repertorios decimonónicos en España vienen de la mano de Ramón Joaquín Domínguez<sup>7</sup>, entre las que se pueden señalar la ampliación del léxico, incluyendo los tecnicismos, y la fusión de la subjetividad con el carácter didáctico, dada la presencia de abundantes nombres propios históricos y geográficos, acompañados de las pertinentes explicaciones. De esta manera, Domínguez, partiendo de las aportaciones de Terreros y Covarrubias, desarrolla un modelo basado en el francés, que Barcia adoptará con convencimiento.

El carácter subjetivo de las definiciones presentes en la obra de Barcia viene también marcado por una tendencia generalizada en toda la lexicográfica no académica del siglo XIX. El propio Manuel Seco<sup>8</sup> analizó en otra ocasión el subjetivismo de Domínguez, destacando la personalidad latente del ilustre lexicógrafo gallego.

En 1890 se publica en Madrid una colección póstuma de sinónimos titulada *Sinónimos castellanos*<sup>9</sup>, que corrige y aumenta el caudal léxico presente en la *Filosofía de Lengua Española. Sinónimos castellanos*<sup>10</sup>. Se muestra en esta obra una tendencia común en la época, que intenta fijar el uso exacto de los vocablos mediante el establecimiento de diferencias significativas entre términos considerados equivalentes, por más que ya se diera esta preocupación en el siglo XVIII. Pero frente a la tendencia neoclásica,

<sup>6</sup> «El nacimiento de la lexicografía moderna no académica», en *Estudios de lexicografía española*, Madrid, Paraninfo, 1987, págs.129-151.

<sup>7</sup> *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*, I, Madrid, 1846-1847.

<sup>8</sup> «La definición lexicográfica subjetiva: el *Diccionario de Domínguez* (1946)», *Serta Philologica F. Lázaro Carrater natalem diem sexagesimum celebranti dicata*, I, Madrid, 1983, págs. 587-596. Recogido en los *Estudios de lexicografía española*, *op. cit.*, págs. 165-167. Cfr. también del mismo autor, «Un lexicógrafo romántico: Ramón Joaquín Domínguez», *Philologia Hispaniensia. Homenaje Manuel Alvar*, II, Madrid, 1985, págs. 619-629; recogido en los *Estudios de lexicografía española*, *op. cit.*, págs. 97-110, bajo el título de «Ramón Joaquín Domínguez».

<sup>9</sup> Madrid, José María Faquinetto, editor. Ricardo Álvarez, impresor, 1890.

<sup>10</sup> *Op. cit.*

de influencia empirista, que rechazaba la abundancia de signos para expresar un mismo concepto<sup>11</sup>, Barcia reconoce la importancia de los sinónimos para el enriquecimiento lingüístico. El lexicógrafo sevillano vuelve a defender el carácter simbólico de la lengua y adjudica a la sinonimia la función de razonar la palabra y explicar su uso, así como la de determinar y enriquecer el lenguaje humano. Con este convencimiento, el autor incluye unos seiscientos artículos ordenados por grupos, generalmente binarios e intenta diferenciar las diversas significaciones mediante el uso contextualizado de vocablos, el recurso antonímico y el apego a la base etimológica. Barcia no destaca por su precisión al establecer las diferencias entre vocablos, lo que justifica las duras palabras que le dedicó, tres años después de la aparición del diccionario, el conde de la Viñaza:

Trabajo que adolece, como todos los de este autor, de falta de método en la obra y las ideas; de poca exactitud en las definiciones, y de menos precisión en muchas diferencias sinonímicas<sup>12</sup>.

Pese a sus evidentes defectos, subyace en esta obra una honda preocupación por el lenguaje y una evidente admiración por sus infinitas posibilidades. Recordemos, por ejemplo, el artículo dedicado a las palabras «que suministran la idea de la mujer que vive a expensas de su honestidad vendiendo a vil e infame precio el sagrado pudor que el cielo le da para ser esposa y madre», en el que se establecen las diferencias de uso de veintiséis vocablos distintos, recogién dose, además, sin explicación, otros diecisiete nombres, incluyendo americanismos, que se recomiendan «a la curiosidad de cualquier erudito», aunque el autor estaba lejos de citar los más de mil nombres que usa el castellano para nombrar esta vieja profesión, como hizo en nuestro siglo F. Hernández Castanedo<sup>13</sup>.

En la obra lexicográfica de Roque Barcia están presente, en definitiva, las líneas fundamentales que caracterizan a la lexicografía decimonónica no académica<sup>14</sup>, como pueden ser el afán de elaborar repertorios con abundancia de datos, la inclusión en sus obras de un importante caudal de voces neológicas, especialmente las pertenecientes al dominio de especialización técnica y, sobre todo, el compromiso con la sociedad en la que viven unos

<sup>11</sup> Cfr. F. Lázaro Carreter, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1949.

<sup>12</sup> Biblioteca histórica de la filología castellana, Madrid, 1893, pág. 1736.

<sup>13</sup> F. Hernández Castanedo, *Glosario de la mala palabra*, Toledo, Lavapiés, 1994.

<sup>14</sup> Cfr. Manuel Seco, «El nacimiento de la lexicografía moderna no académica», *art. cit.*; Emilia Anglada Arboiz y María Bargalló Escrivá, «Principios de lexicografía moderna en diccionarios del siglo XIX», en las *Actas del II Congreso Internacional de historia de la lengua española*, Madrid, 1992, págs. 955-970; Juan Manuel García Platero, «Lexicógrafos andaluces del siglo XIX», en *Serta Philologica O. García de la Fuente*, Universidad de Málaga, 1992, págs. 125-135; Ana Bueno Morales, «La lexicografía no académica del siglo XIX: el diccionario enciclopédico de la lengua española publicado por la editorial Gaspar y Roig», en Manuel Alvar Ezquerro (coord.), *Estudios de Historia de la Lexicografía del Español*, Universidad de Málaga, págs. 151-157.

autores, que, la mayoría de las veces, compatibilizan su labor investigadora con sus actividades políticas, lo que se traduce en un subjetivismo absolutamente explícito. La moderna lexicografía está más bien alejada de estos planteamientos, lo cual no significa que los reportorios carezcan de ideología, pero el trabajo en grupo, que ya empezaba a florecer en el siglo que analizamos, cambia sustancialmente esta visión apasionadamente romántica; y el deseo de adecuar los contenidos de las obras lexicográficas a las particulares necesidades de los usuarios nos aleja de estas obras que intentan abarcar innecesariamente toda la realidad tanto lingüística como extralingüística. Sin embargo, es justo reconocer la labor de autores como Roque Barcia, que no ocultan un verdadero amor por nuestra lengua.